8 folletos

Siglo XVIII
sin fecha
ni nombre de autor

LOS SERMONES ESTÁN A CARGO

Día 14, el R. P. Melquiades

Día 15, el R. P. Angel Orteg

Día 16, el R. P. Isidoro Acen

FUNCIÓN F

Será el día 14, festividad del Santo, a las diez y me

ensalzará las glorias del

Sr. Dr. D. José

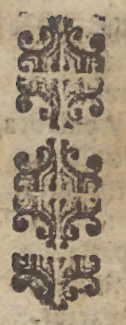
CANÓNIGO MAGISTR

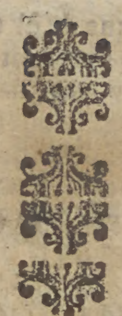
A la solemne reserva de la tarde asistirá S. E. R

Dr. Don Eustaquio

Repetido

1º





EL HIJO DEL VERDUGO.

NUEVO, Y CURIOSO ROMANCE, EN QUE ſe refieren los ſuceſſos de eſte Mancebo, natural de la Ciudad de Cordoba, el qual ſe paſsò à los Reinos de las Indias, y logrò grandes fortunas.

PRIMERA PARTE.

NOble, y diſcreto Auditorio,
ſuplico no me hagan falta,
que à contar voi una Hiſtoria,
que ha ſucedido en Eſpaña,
ſin fabula, ni mentira,
de un hombre cuya deſgracia
tuvo ſolo por ſer hijo
de un padre de prendas baxas.
En Cordoba la famoſa,
Iluſtre en quanto el Sol baña,
naciò eſte gallardo Joven,
por quien la Hiſtoria ſe canta:
Diòle Dios entendimiento,
tanto, que en èl ſe hallan
prendas de naturaleza,
ſin quitarle à nadie nada,
ni ponerle, que eſtos dones
los da Dios con mano franca
à quien es ſu voluntad,
que es infinita ſu gracia.
Nadie ſe admire, ni eſpante
de los troncos, ni las ramas,
que ſuele un arbol inutil
dar un fruto de importancia;
como lo fue el contenido,
aunque el borron de la mancha
de los padres, participan
los hijos ſin tener cauſa:
no obſtante, doraba el fruto,
lo que el tronco deſdoraba;
y con gran ſagacidad,
reconociendo ſu falta,
que es porte de diſcrecion
conocerſe en sì la tacha,
que no hai mas Executorias,
que obrar bien, y aqueſto baſta.
Era afable, y amoroſo,
lindo cuerpo, hermoſa cara,
invidiada es ſu perſona,
por lo hermoſa, y lo bizarra.
Apenas llegò à tener
edad de ceñir eſpada,
viendoſe tan infelice
de no poder empuñarla;

Y

y que de èl no se hace caso,
no ignorante de la causa,
tuvo un dia con su padre
unas pequeñas palabras,
donde publico le dixo,
que de su afrenta era causa;
y por si acaso algun dia
alguno le baldonara,
del padre se querellò,
y se ausentò de su casa.
A las Indias se embarcò,
donde su suerte lo llama,
llegò à la Ciudad de Lima,
y al cabo de dos semanas,
viò una noche, q̃ unos hombres
à un Mercader lo rovaban,
chocò con ellos brioso,
à palos, y à cuchilladas
hizo que desamparassen
la calle, hacienda, y la casa.
Al ruido, los vecinos,
y el Mercader despertaban:
agradecido de vèr
esta fineza tan alta,
con empeño le suplica,
ofreciendole su casa,
su amistad, porque desea
en algo recompensarla.
Se despidiò, por ser tarde;
y otro dia de mañana
le fue à vèr, dandole cuenta
lo solido que se hallaba
sin arrimo en la Ciudad,
forastero en tierra estraña.
Entonces el Mercader
lo hizo dueño de su casa,
y viendo sus procederes,
con gran cariño lo trata.
Pared enmedio vivia
un Don Jacinto de Salas,
Caballero noble, y rico,
del Orden de Calatrava,
el qual tenia una hija,
que es de todos invidiada,
enamorada del Mozo,
mano le ha dado, y palabra;
que se ha de casar con èl,
aunque pese à quien pesara;
siendo el Mercader testigo
de todo quanto le passa.
Prosiguen en sus amores,
con sus papeles, y cartas.
y el amor no diò lugar
que mucho tiempo passara:
entrada le diò una noche
dentro en su quarto la Dama,
viendolo el padre, y prudente
fuè donde la hija estaba
con gran recato, y silencio,
y viò los dos en la cama.
Duda lo mismo que vè,
y antes de hablarles palabra,
considerò, como cuerdo,
el deshonor de su casa,
y reportandose ha dicho:
Què haigan visto tal infamia
mis ojos, y esto consienta,
à pesar de ello, mi fama?
Còmo tanto atrevimiento?
En las principales casas
se usa esta villania?
El Mancebo se levanta;
y arrodillado le ha dicho:
El firme amor es la causa
de estos mis atrevimientos;
mira, Señor, y repara,
q̃ en lo hecho no hai remedio;
vuestro sagrado me valga;
sino, vos sois el cuchillo,
yo la carne delicada;
corta, Señor, a tu gusto;
tu rigor sobre mi caiga.
Al ruido, la Señora,
los Criados, y Criadas
aque-

acuden, y el Caballero
mandò que se retiraran;
y à el Mancebo, y à la Niña
los encierran en dos salas,
con cargo de juramento,
que si à su sangre no iguala,
sin remedio ha de matarlos,
antes de que lo afrentaran.
Sin dormir passò la noche,
y luego por la mañana
fuè en casa del Mercader,
por el Mozo preguntaba,
brujuleando pesquisas,
como quien no sabe nada;
y el Mercader, que no es lerdo,
le ha dicho aquestas palabras:
Señor Don Jacinto, el Mozo,
sin quitarle à nadie nada,
es tan bueno como el Rey,
y no desmerece nada,
es un primo hermano mio,
que se ha venido de España;
y es Noble, que aqui le tengo
su Executoria guardada;
y no porque es deudo mio,
si usted lo esperimentara,
viera en èl prendas de garvo,
y un hombre de confianza:
no tiene mas de un defecto,
que es ser pobre, y es la falta
mas comun q̃ hai en el mundo,
pues de ella hacemos gala;
pero en quanto à lo demàs,
nadie puede hablar palabra.
El Caballero responde:
Si esto que usted me declara
es verdad, quiero contarle,
como amigo, lo que passa.
A deshoras de la noche
lo encontrè dentro en mi casa
conversando con mi hija,
y es una accion mui villana:
no sè lo que entre los dos
en este mysterio passa,
Reportaronme los Cielos,
y entrè el acero en la baina;
considerè, que el matarlos
el daño no remediaba;
de mas, que èl no tiene culpa,
sino es mi hija liviana,
que èl no havia de arrojarse,
si ella no le diera entrada.
Supuesto que su fortuna
lo quiso assi, y la desgracia
de mi hija ha sido aquesta,
con èl intento casarla,
ya que no hai otro remedio,
contra mi gusto se haga.
El Mercader le responde:
Señor Don Jacinto, basta;
mucho mer... la Niña,
èl no desmerece na...
obre usted como quien es,
veasele la sangre hidalga,
Dispusieronse las bodas,
y el tiempo todo lo acaba;
que es como dice el refràn,
bondades, señales tapan,
le diò ochenta mil ducados:
y muchas prendas, y alhajas.
Vivian con grande gusto,
agradeciendo las altas
finezas del Mercader,
como su amigo del alma:
y à dos años de casado,
estando un dia en la plaza,
como un Principe vestido,
que al Sol invidia le daba,
à èl se llegò un mozuelo,
y de esta suerte le habla:
Fernando, què dicha es esta,
què por tu persona passa?
Me alegro mucho de verte
tan portado en tierra estraña.

Don

Don Fernando le reſponde:
No sè lo que Uſted me habla;
uſted me tiene por otro,
y es mui cierto el q̃ ſe engaña.
No me engaño, le reſponde,
ni te niegues, que en Eſpaña
à tu padre, y à tu madre,
que ſon hijos de Patria,
conozco, y à tu perſona,
Fernando, en vano te eſtrañas.
Y Don Fernando reſponde:
Si es que el ſecreto me guardas,
yo ſoi; pero eſta fortuna
Dios me la tuvo guardada;
y ſupueſto el que eres pobre,
yo te darè, ſi me tapas,
con que puedas adquirir
caudal, ſi te das la traza,
y eſtarè ſiempre obligado;
vente conmigo à mi caſa:
le [illegible]ejo, y le diò
cien peſos en oro, y plata.
Fueſſe el mozuelo, y gaſtolos
en coſas deſordenadas:
volviò à pedirle otro dia,
con imperio, y amenazas
doſcientos peſos de promptos
y que ſi no ſe los daba,
à ſu ſuegro le diria
del caſo lo que ignoraba.
D. Fernando que eſto eſcucha,
metiendo mano à la eſpada,
para darle la reſpueſta,
mas èl huyendo ſe eſcapa.
Fuè à el Caballero, y le cuenta
eſta afrentoſa deſgracia
del empleo de ſu hija,
como eſtaba deſpoſada
con el hijo del Verdugo
de Cordoba la nombrada.
Eſto que oyò el Caballero,
como toro herido brama,
eſcupiendo baſiliſcos,
quiſo à la hija matarla,
y jura, que ſi lo coge,
que lo ha de hacer mil tajadas;
Receloſo de lo dicho,
Don Fernando ſe ocultaba,
el Caballero le buſca,
y viendo que no lo halla,
prendieron à el Mercader,
y la hacienda le quitaban,
con gran rigor le apriſsionan
en un Caſtillo con guardas.
Don Fernando, con ſecreto,
mandò à ſu Eſpoſa una carta;
dandola à entender por ella,
que quiére partirſe à Eſpaña;
y deſatar tantas dudas
como ſe le acumulaban.
Y una noche, con ſecreto,
por una ventana baxa
le dio ſu Eſpoſa la mano;
dineros, prendas, y alhajas;
y èl, con encarecimientos,
à ſu Eſpoſa le rogaba,
que ſe entraſſe en un Convento;
y que el ſecreto le encarga,
que confiaba en Jeſus
volver con bien à ſu caſa:
paſsòſe à la Vera-Cruz,
y para Eſpaña ſe embarca;
Y en otra ſegunda parte
ſe dirà lo que aqui falta.

F I N.

Con licencia: En Sevilla, en la Imprenta de Manuèl Nicolàs Vazquez, en calle Genova.